

ÍNDICE

Presentación.....	9
I. AMANECER.....	13
Impresiones del amanecer	13
Clamores de vida	17
Brumas matutinas	21
Tirar del alma	26
Un gramo de nostalgia	29
Horizontes despejados	33
Alegrías escondidas.....	37
Bienaventurados los mansos	42
Rehacer la vida	46
La alegría de agradecer	50
El tercer hijo.....	54
II. MEDIODÍA	59
Impresiones de mediodía.....	59
¿Vivir sin arriesgar?	63
Las cargas del alma.....	67
Elogio de la fragilidad.....	72
La obsesión de triunfar	76
Una caída a tiempo	80
Una locura sin paliativos.....	84
La violencia de los pacíficos.....	88
Pasar por tonto.....	92
Y nació la cuarta.....	96

III. ATARDECER	101
Impresiones de atardecer.....	101
Gota a gota	105
Flores en invierno	109
El transcurrir del tiempo.....	113
Aburridos de vivir	117
Las horas bajas.....	121
Elogio de la quietud.....	125
La alegría de no llegar	130
El cansancio del alma	134
Momentos de nerviosismo.....	138
Y apareció el quinto.....	142
IV. ANOCHECER	147
Impresiones de anochecer	147
Vivir y sufrir	151
La enfermedad redimida.....	155
¿Flores marchitas?.....	160
Añoranza de silencio.....	164
Las tristezas del domingo.....	168
El cansancio de los que aman.....	172
El mirar de los ciegos	176
Tensiones acumuladas	180
Venirse abajo.....	184
Vivir vale la pena.	188

PRESENTACIÓN

Ninguna jornada de nuestro vivir es intercambiable con otra. A veces tenemos la impresión de que nuestros días son idénticos, que si acaso lo que hace diferente uno de otro son las circunstancias atmosféricas que los envuelven, o algún acontecimiento externo a nosotros: el nacimiento del hijo de un amigo, la bomba de unos terroristas, el descubrimiento de una vacuna. Y que son esos hechos los que nos llevan a recordar de manera distinta el martes 25 de febrero del viernes 25 de abril. Nos engañamos.

Las veinticuatro horas que continúan hoy nuestro andar después de las veinticuatro horas de ayer, tienen otro aroma, desentrañan otros misterios, desvelan otros tesoros escondidos dentro de nosotros mismos, en las personas, en las cosas, en los acontecimientos que nos rodean.

También son distintas entre sí cada hora de una jornada y la hora de la jornada que la precede, y de la jornada que la seguirá. Cada hora tiene su ritmo, su palpar.

Y nosotros no somos el resultado de la suma de las jornadas y de las horas. Y no somos tampoco lo que pensamos que somos, sino lo que vivimos.

Fijamos nuestra atención quizá exclusivamente en lo que vamos realizando a lo largo de los días; nos paramos poco a pensar en la huella que los días van dejando en nuestro espíritu, en nuestra alma; y tampoco concedemos más atención a cómo vivimos nosotros los días, y al rastro que nosotros dejamos en los días.

Concentramos nuestro interés en lo que pensamos de este sucedido o de aquel otro, del libro que estamos leyendo o de la actuación del político que hoy ha sido noticia. Nos preocupamos de cómo habrá sentado a nuestros conocidos una decisión que acabamos de tomar, un negocio que apenas hemos concluido, un libro que estamos presentando.

Vivimos demasiado volcados hacia el exterior. Y nos extraña descubrirnos con un cierto recelo a quedarnos solos, quizá para no despertar ese ser latente en nuestro espíritu que nos pregunta, de vez en cuando, qué hacemos de nuestro vivir, que nos sugiere prestar algo más de atención a lo que somos y algo menos a lo que hacemos.

Estas páginas quieren ser una invitación a reflexionar, en silencio, en cualquier momento, sobre nosotros mismos, sobre nuestras vivencias y reacciones ante lo que nos sucede dentro y acontece a nuestro alrededor. Momentos de amor y de odio, de rencor y de perdón, de sospecha y de confianza, de servicio y de egoísmo, de soberbia y de humildad, de ira y de mansedumbre; de tristezas y de alegrías, de nacimientos, de bodas y de muertes. Que la vida la vamos construyendo, y llevando de la mano, cada uno.

Amanecer, mediodía, atardecer, anochecer de cada día, de todos los días; de cada vida, de todas las vidas. Las ilusiones, los desánimos, los contratiempos, los esfuerzos, las victorias y las derrotas tienen cada una su propio sabor y su propio aroma en cada momento del vivir.

Aunque a veces nos gustaría serlo, no somos seres humanos “fragmentados”. en los que la cabeza, el corazón, el sistema nervioso, el cuerpo, andan cada uno por su lado. No somos tampoco un cúmulo de situaciones yuxtapuestas, ni de sensaciones inconexas. Somos –hombres y mujeres; mujeres y hombres– eso que se ha dado en llamar “personas”. seres únicos e irrepetibles, que amamos, que conocemos, que sufrimos y gozamos, que nacemos y morimos, que hablamos con Dios y con los hombres siendo siempre, y en todo momento, un “yo” que vive en primera persona y en libertad.

Un “yo” origen, medio y fin de la unidad que somos cada uno; de la unicidad: Que vive con sentido cualquier situación, y en quien el palpitar del día, el latir de las horas, hace surgir destellos de luz que dan esperanzas al ánimo, fortaleza a la debilidad, un poco de amor al desengaño.

Si alguna de estas líneas se convierte en destello de luz que venza alguna tiniebla, en sonrisa que haga olvidar una tristeza, en palabra de aliento que ayude a sobreponerse a un desánimo, en susurro que invite a mirar al Cielo, a Dios, el libro ha cumplido su cometido.

Capítulo I

AMANECER

Impresiones del amanecer

¿Y si la creación volviese a ocurrir cada mañana? ¿Y si el Creador aprovechase nuestro descanso nocturno para “hacer nuevas todas las cosas”?

Cuando abro el portal de mi casa, antes de salir el sol, tengo a veces la impresión de que Dios acaba de concluir su obra en el mundo y está escondido en los naranjos de la plazuela. Entre la impresión y el convencimiento, la distancia es a menudo mínima; y a mí, después de los primeros pasos sobre el pavimento, me invade la sensación de acompañar a la noche en el abandono de su tiniebla y de comenzar a descubrir un mundo distinto cada mañana, que el rastro de Dios engendra, dentro y en la luz del amanecer.

En el silencio de la plaza, apenas acunado por el rumor del agua de la fuente, y en la luz tenue de los primeros destellos del alba, no disturbados ya por la luz de los faroles recién apagados,

el espíritu se cohibe por unos segundos antes de adentrarse en las callejas, como anhelante de no disturbar la serenidad del nacimiento del nuevo día y de respetar ese instante del caminar de la naturaleza, que quizá guarda más entrañablemente el misterio divino de la creación.

Yo no oigo los restos del primer estallido que originó la expansión de la materia creada, y no echo en falta el eco de ese rumor, porque la plenitud de sentido que el hombre tiene cuando acepta quedarse a solas con la naturaleza me impulsa a estar atento a encontrar a Dios, un día más “escondido en el Paraíso”. que hoy para mí es la tierra que me acoge, las personas con las que convivo, el trabajo que realizo.

En mi primer trayecto apenas me cruzo con dos o tres personas. Y no siempre las mismas. Una enferma que empuja fatigosamente su cuerpo para llegar puntual a su turno de diálisis. Todas las veces que la encuentro, va acompañada de una sonrisa. No marcha sola: reza caminando. Le doy mi último saludo cuando ya el taxi que la lleva al hospital se pierde de vista.

Por la misma calle, un minuto antes y más cerca de su destino, saludo a dos vendedores de cupones: madre e hijo, se me ocurre. Hasta hoy, nunca ha faltado la disputa matutina entre ellos: algo ha debido suceder durante la noche; quizá no han alcanzado un acuerdo para el día que comienza. No lo sé, porque, no obstante sus voces agudas y chillonas retumben en el silencio, no consigo prestar atención a lo que hablan. Me basta verles enfadados

y desearles mañana un más sonriente despuntar de la jornada. Al menos, tanto como el del camarero que adereza las primeras mesitas de su bar, tratando de ganar quizá algún metro cuadrado más a la plaza.

A veces alcanzo a saludar a un sacerdote, ya cargado de años, en su diario trabajo de llegar al lugar donde dice la Misa. Otros días, él pasa antes el cruce de calles y sólo consigo ver su figura de espaldas, y a veces apenas la estela de su sotana bien raída. Parece marchar más en dirección al Paraíso que al convento de monjas que abre ya sus puertas para acogerlo.

El saludo es una obligación, por no decir una obra de caridad, a esas horas de la madrugada. Algunos no están muy convencidos, y se sorprenden de los deseos manifestados de que el Señor nos depare a todos un día en paz y serenidad. Quizá no han abandonado en casa la tiniebla de la noche y la modorra no les ha permitido todavía abrir los ojos a la nueva realidad. Quizá se preparan a pasar un día más arrastrando el enfado del día anterior, y del anterior, y del anterior. O a acumular al aburrimiento de ayer, el hastío de hoy y el ya previsto de mañana. No pierdo la esperanza de verles con otra cara la próxima vez que crucemos nuestras vidas en el silencio del alba de un día cualquiera, tan cualquiera como el mismo día de la creación.

Ortus, spes. Una persona conocida me recordó, hace pocos días, estas palabras latinas. Todos, y cualquier nacimiento, son una esperanza. Y el del nuevo día abraza, de alguna manera, cualquier

otra vida que llegue a la tierra durante sus veinticuatro horas. El alba pone delante de nuestra mirada la riqueza del vivir, misterio en el que gastamos nuestra vida para descubrirlo, aun sabiendo que nunca lo desentrañaremos del todo.

Quizá una de las razones, y no la de menor importancia, de ese descenso de los nacimientos en nuestro país y en otros europeos sea que hay hombres y mujeres cansados de escudriñar la vida, frustrados en su búsqueda de la explicación del misterio y que se sienten incapaces de animar a un posible hijo o hija a iniciar la aventura.

La esperanza parece crecer cuando sorprendemos el amanecer caminantes por un puente, sobre el río. Quizá hoy resolveremos lo que ayer parecía no tener solución; quizá hoy despejaremos el problema que nos abatió ayer; quizá hoy veamos con otros ojos la tristeza que la noche ha conseguido apenas disipar.

Sobre el puente, la brisa se afana en despejar los últimos residuos de la noche; el agua amansa el espíritu, y su aroma le invita a refrescarse antes de encerrar sus energías en el afán cotidiano y a dejar para el momento oportuno –que a Dios sólo pertenece el darle debido cumplimiento– el deseo que de tiempo en tiempo le invade de acompañar el río en su deambular hacia la mar.

¿Quién no se ha visto, un día al menos, y sin esperarlo, embriagado del afán de volcar su espíritu en llanto consolador al contemplar el aparecer del sol en el horizonte e ir acogiendo uno

a uno sus rayos con el afán de no perder ninguno? El alma tiene la impresión de verse como acariciada por la mano del Creador, que la invita no a alimentarse de “los restos del día”. de recuerdos del pasado, sino de la belleza de las nuevas riquezas escondidas en los pliegues del amanecer.

No. No me animo –y muchos menos en esos momentos del despuntar del día– a ser grandilocuente y gritarle al sol aquellas palabras de Espronceda: “Para y óyeme, oh sol!: yo te saludo/ y extático ante ti me atrevo a hablarte:/ ardiente como tú mi fantasía.” Prefiero quedarme en silencio, escuchar el latido de las alas de los primeros pájaros que abandonan su nido y tratar de descifrar el rostro de Dios cuando, mirando al universo salido de sus manos, “vio que todo era bueno”.

Clamores de vida

El clamor de la vida apenas deja oír su rumor sobre la tierra, como esos arroyuelos que, en silencio y casi en oculto, fecundan los campos.

Los clamores de muerte, las noticias de asesinatos, de violencias, de exterminios masivos de seres humanos, parecen sepultar los clamores de vida que surgen por doquier y sin cesar en este mundo nuestro que, por muy viejo y decrepito que se pueda presentar, no estará nunca del todo cansado de vivir. Y digo que parecen sepultar, porque también en ese escenario de lo cotidia-

no, de lo que no alcanza en ningún momento la atención de una multitud, la vida vence a la muerte, y da a la muerte su verdadero rostro.

La primera historia es sencilla, y quizá algo cruel en el drama que encierra. Llevaban más de veinticinco años aguardando, día a día, un hijo. Algunos embarazos se habían interrumpido naturalmente, apenas iniciados; sin siquiera dar lugar ni tiempo a que la esperanza de un buen fin echase raíces hondas. En esta ocasión la realidad se presentaba de forma más llana y luminosa. La criatura pasó con alguna dificultad el término del primer mes, y en vista de que su asentamiento daba toda la impresión de ser particularmente frágil, los médicos recomendaron a la madre reposo absoluto.

La madre llevó con una sonrisa el cansancio, los inconvenientes y los nerviosismos de cuatro meses seguidos en cama, vividos día a día, noche a noche. “El hijo, tu corazón/ madre que se ha engrandecido./ Dentro de la habitación/ todo lo que ha florecido.” (Miguel Hernández)

Ya con cinco meses, la criatura dio síntomas de encontrarse más a gusto y, sobre todo, firmemente establecida. La ilusión de poder concluir los meses del embarazo sin más percances se abrió en el corazón de todos. La criatura iba configurándose en la mente y en el corazón de sus padres como el regalo del cielo tan ansiado para alegrar todavía más, aunque con un cierto retraso, la celebración de las bodas de plata.